FRANCISCO PRIETO*

Ramón Zorrilla

Cuando llegué al hospital me dijeron que acababa de fallecer. Sentí un golpe seco. Salí del edificio rumbo a mi coche. Se iba haciendo el vacío... El vacío que, al paso de una semana, era el suyo, el que permanece en mí. ¡Qué gran estupidez decir que nadie es imprescindible! Los seres queridos que se nos van nos horadan, y presentimos que un día, vacíos de quienes nos llenaron, ansiamos llenarnos en el vacío infinito.

La muerte de Ramón Zorrilla fue la desaparición de un amigo que había sido uno de los cuatro profesores que me significaron durante mi vida de estudiante; un amigo que pasó de ser profesor a maestro; el periodista que con sus preguntas y observaciones inquietantes sacudía mi pereza por ocuparme de las cosas corrientes de este mundo: la política, la vida social. Ramón Zorrilla había sido, en efecto, un maestro, un periodista y un amigo. Y era Ramón uno de esos hombres cultos que tanto necesitamos en México porque a partir de la filosofía había interrelacionado la historia del mundo y la historia de México; que seguía la vida a través de las novelas y de las noticias de los periódicos que ponía, sabiamente, en relación consigo.

El maestro

Su clase era "Historia del Periodismo". Ramón hacía un viaje por la historia del papel impreso y situaba a los periodistas en su medio social, los analizaba en sus contradicciones humanas, en las fuerzas del

* Director del Dpto. de Ciencias y Técnicas de la Información de la Universidad Iberoamericana.

tiempo que dominaban y que les dominaba. De pronto, se alejaba de los protagonistas para invitarnos a una reflexión personal mientras él iba hilvanando sus reflexiones a propósito y sobre las nuestras donde, sutilmente, expresaba su visión del hombre y de la historia. Ramón nunca corregía un punto de vista de sus alumnos que respondiese a una cosmovisión particular y sólo nos hacía reparar en errores objetivos.

Deseosos de un mayor contacto con él, algunos de sus alumnos le buscábamos en los lugares que frecuentaba: el diario *Excelsior*, la revista *Señal*, los bares Espléndido, Latino y el del hotel Francis; el restorán Sajonia los Sanborns de San Angel y San Jerónimo, el antiguo y ya inexistente café de Flore.

En esas reuniones con Ramón conocí a muchas gentes: periodistas, escritores, artistas y políticos cuya lista sería interminable. De esas reuniones salía fecundado, esto es, llena mi cabeza de libros y de autores, de desengaños y utopías pero, sobre todo, impregnado de vitalidad. ¿Debe pedirle otra cosa a un maestro?

Sucedía, con frecuencia, que nos quedábamos solos. Me admiraba cómo Ramón había retenido mis intervenciones y mis silencios. Me interrogaba suavemente y yo pasaba de la seguridad insolente a que obliga la vida social, a la humildad agradecida de quien se sabe reconocido. Entonces le exponía mis miedos, mi inseguridad radical, mis preguntas más acuciosas e íntimas. Y Ramón conversaba sin dogmatizar nunca, sin arrogancia, sin falsas seguridades.

Ramón Zorrilla era un hombre religioso. Un católico hombre y no al revés. No negaba su querencia pero tampoco la exhibía. Descendiente de Santo Tomás de Aquino, traducía el pensamiento del Aquinatae en un lenguaje moderno, coloquial, y me hizo descubrir la enorme sapiencia del principio de *analogía* que tantos males ha evitado a la humanidad; muro de contención contra los racismos, los nacionalismos, los imperialismos y aun el elitismo.

Gracias, en fin, a Ramón leí a Chesterton y a Graham Greene, me hizo descubrir *El cuarteto de Alejandría* y ese libro maravilloso y olvidado: *El epistolario de Fadrique Mendes*, de Eça de Queirós. Por él estudié a Raymond Aron, a Sertillanges, a Proudhon y, sobre todo, un libro que me dejaría marcado para siempre: *El hombre rebelde*, de Albert Camus. De este libro comentaba Ramón que era el imprescindible para cualquier estudiante de comunicación.

El periodista

Ramón Zorrilla no cayó nunca en ese pecado de los intelectuales que consiste en ignorar las cosas cotidianas. Para él todo merecía reflexión; era fundamental integrar el material que constituye un periódico por diverso que sea. Todo aquello era el reflejo de la vida y a cada cual tocaba hacer el montaje. Uno no estaba nunca por encima de la vida sino dentro de ella y para crearse un destino sanamente era necesario crearse también la capacidad de ver las partes y el conjunto.

Leía y nos incitaba a leer periódicos y revistas de México y del extranjero. Cuando estos últimos se referían a México, solía tomar Ramón las informaciones y discriminar aquellos puntos de vista que obedecían a otra cultura para hacernos ver, a sus amigos más jóvenes, cómo se podían entender las cosas sin comprenderlas, lo que significó, para mí al menos, una lección invaluable de lo que hoy día se denomina comunicación transcultural.

Me impresiona, al evocar a Ramón, su capacidad para interesarse en el acontecer social y en sus protagonistas, situándose siempre en disponibilidad de diálogo y buscando que éste fuera efectivo, que se tornara realidad si los protagonistas estaban a su alcance.

Las magníficas columnas que publicara en la página editorial de *Excélsior* cuando Julio Scherer García la dirigía y que se prolongaron los primeros años en que aquél asumió la dirección general del periódico, merecerían publicarse en volumen pues dan testimonio de unos años de la vida de México que es necesario revisar muy atentamente para comprender la situación actual. Ésos son los años comprendidos entre 1966 y 1972. En esos artículos, Ramón genera un estilo de periodismo de opinión que a partir de entonces sería imitado: una primera parte, condensaba el asunto respondiendo a una lectura atentísima de los diversos reportajes y declaraciones aparecidos en los periódicos; la segunda consistía en el comentario que enlazaba el hecho con el pasado y advertía sus consecuencias probables.

El amigo

Guardo de Ramón Zorrilla el recuerdo imborrable de alguien con quien conté siempre, que me oyó siempre. Yo formé parte de un grupo de alumnos suyos que fuimos, quizá, los últimos en pasar al círcu-

lo de sus amigos: Raúl Santoyo, Eduardo Maldonado, José María Pérez Gay, Luis Linares, Alberto Ulloa, Francisco Rodríguez Ezeta, Raúl Cremoux, Bruno Newman y Héctor Aguilar Camín. Me conmueve la alegría de Ramón por nuestras grandes y pequeñas realizaciones. El interés que mostraba por lo que hacíamos y lo que no hacíamos; por nuestras vidas personales. Cuando todos o casi todos estábamos bajo la influencia de un pensador rumano, Horia Tanasescu, se interesó en éste, le buscó, habló con él. Se limitó a hacernos ver que los puntos de vista de Tanasescu provenían del pensamiento de Croce y de Gentile y en sus coloquios con nosotros si bien festejaba nuestro entusiasmo intelectual delirante, con una ironía que nunca caía en el sarcasmo, ¡una ironía vital!, nos dejó caer la inquietud de cómo aquel modo de pensar conducía, inevitablemente, a actitudes fascistas. Luego Ramón reía candorosamente y pedía más vino, o cerveza o whisky para todos.

A veces, y ya con una buena dosis de alcohol compartido, evocaba Zorrilla versos de Machado, de Rilke, de Vallejo y de su gran amigo Ernesto Ortiz Paniagua.

Nunca le oí hablar mal de ninguno de sus amigos. Si yo criticaba negativamente a alguno, Ramón, a partir de esa crítica, reconstruía la personalidad del aludido hasta hacerme resaltar sus virtudes olvidadas. Lo importante eran los buenos momentos vividos juntos pero, sobre todo, hacer caer en la cuenta que parte de nosotros sólo podía explicarse por la relación que nos había unido.

Sí, para Ramón Zorrilla ninguna voz merecía silenciarse, pues el mundo y la verdad proceden de todas las voces auténticas. Era un liberal de corazón porque amaba la vida en sus manifestaciones más diversas y sabía, como Camus, que no hay que tener miedo ya que, finalmente, hay más cosas en el hombre para admirar que dignas de desprecio. Y, seguramente, socarronamente, se decía: "además, no es culpa mía si existe Dios".